

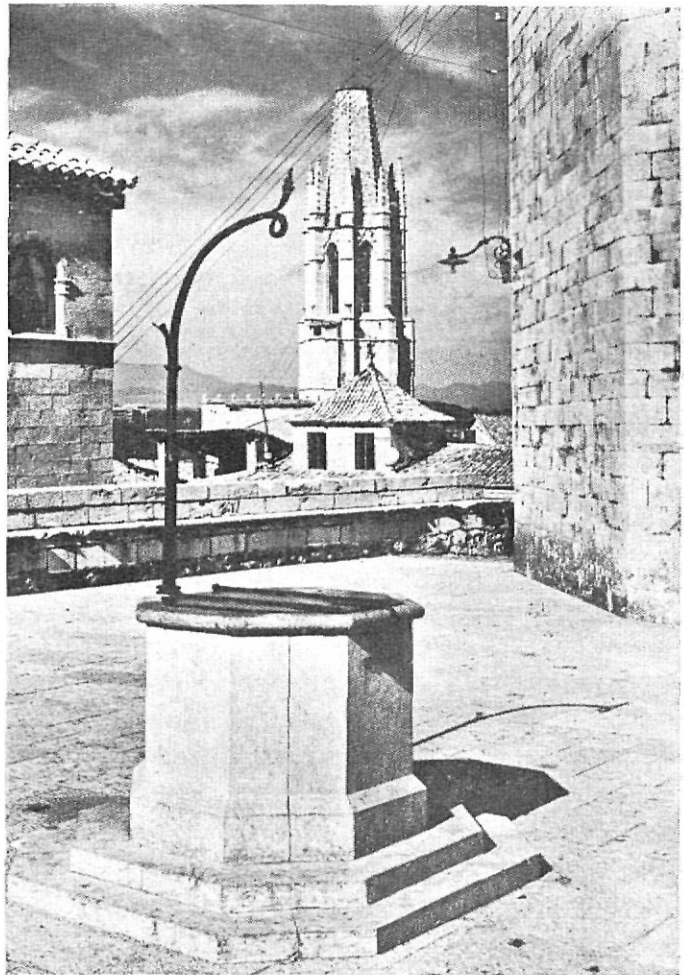


POSTAL
GERUNDENSE

La silueta del agua

Por JORGE DALMAU

En el panorama ciudadano el pozo sin cuerda es el símbolo de la profundidad inalcanzable del agua, de su lejanía que casi sería ausencia si de cuando en cuando no viésemos llenar unos botijos en la fuente de la Virgen de la Pera, unos cuantos metros más abajo. Es el prodigio del agua: abruma tanta piedra colocada por el hombre, pero el agua sabe filtrarse para correr a apagar la sed.



Alguien definió los hogares de rancio abolengo, aquellos estilos de antaño opuestos al moderno funcional, diciendo que son aquellos en que hay demasiados cortinajes; el desequilibrio entre la necesidad y la elegancia rompió por ahí en una exhuberancia concreta. Como desequilibrio no está bien, pero como caricatura no está mal, porque la caricatura tiene un gran mérito: una nariz exagerada no es igual que la de tal señor, pero es la suya, cosa muy difícil de explicar en abstracto; más fácil es la distinción después de haber puesto el ojo en una caricatura. Su clima hace entender muchas cosas.

Las ciudades —ahora sale una nariz dis-

tinta— tiene un detalle que las hace particularmente ricas. Si sobra el agua, buena ciudad, si no sobra, pueblo. ¿No veis en todo el cine que se filma en Roma aquella perdurable grandeza de sus monumentales fuentes, perdiéndose constantemente el agua? ¿No veis que cualquier pueblo, a la hora de dejar que saquemos unas fotos sólo nos permite llevarnos un campanario? Los pueblos sólo entienden la parte prosaica del agua: hay que regar el campo, hay que hacer rogativas si no llueve, hay que reparar la cisterna. En cambio la ciudad tiene un prisma distinto para mirar el agua; influye el hecho de que la batalla por el elemento vital está ganada de antemano: abriendo el grifo, so-

lucionado todo; gastando unos quilovatios será fría y gastando otros será caliente, a nuestro gusto. Y esas batallas ganadas hacen que la preocupación por el agua corra por otros caminos, por otras tuberías. Corre entonces a través de proyectos para hacer de ella algo así como un buen signo externo de riqueza. Hay que pensar cómo podría hacerse que se escapara, pero viéndose. Buena señal de la mejor fineza. El poeta Selgas decía que dos cosas de este mundo no le cansaban nunca, eran ver jugar los niños y ver correr el agua.

Hacer que en las ciudades corra el agua sin utilitarismo directo es distinto de rumbo. Como un obsequio hecho a una señora, cuánto menos útil, más elegante, casi siempre.

Las ciudades se enriquecen no a fuerza de agregarles ceros a la cifra de los censos de población. La ciudad, si tiene atractivo lo debe a su cara, a su silueta, no al grado en que estén hacinados o dispersados sus habitantes. Se valoran cuando su ornamentación sigue el ritmo natural de su vida. Y esta vida encuentra en el agua un buen aliado. Barcelona —la proximidad geográfica hace que ya antes de empezar pensásemos en ella— no desaprovecha ocasión solemne para dejar en su historia urbana hitos bien visibles de ese saber gastar al agua, por ejemplo cuando la idea de Bohigas se hizo realidad en Montjuich, o cuando había que dar la bienvenida a los congresistas del eucarístico internacional abriendo y encendiendo aquella majestuosa fuente entre dos calles céntricas, o cuando le tocó el turno de remozarse a la Plaza de Cataluña el agua dejó oír su querido cantar. Ocasiones no faltan cuando alguien vive pensando que una ciudad somos todos, todos esperando que, premiando las buenas notas en comportamiento, nos depositen un buen detalle en la hucha de los caprichos agradables.

La ciudad mojada es más ciudad. El pue-

blo, no, es más fangoso, sus pavimentos son menores de edad y no resisten la tentación de jugar a torrentes. El núcleo urbano, después de una buena lluvia aparece con una cara distinta, más fotogénica; bien lo saben los directores de cine que vienen a filmar escenas callejeras en Gerona, que antes de rodar patinan fachadas y aceras con el líquido elemento y luego los focos subrayan un carácter dramático que poseen de nacimiento nuestros rincones familiares.

Gerona debe al agua sus horas más amargas. Es verdad. Demasiadas veces se ha acercado a las puertas de nuestras casas empujándose palmos y más palmos llamando intempestivamente a altas horas llevándose paz e incluso vidas. Pero por fin parece quererse dejar dominar en una canalización dentro de la ciudad y en unos pantanos, lejos de ella, pero que resolverán definitivamente el temor. Hay promesa de armisticio, por su parte.

También el arco iris se hace con gotas de agua. Hace falta ahora que las sepamos atravesar por un buen rayo de sol. El sol de admitirla para que preste señorío a la ciudad. Pero antes de salir el sol hay la alborada quieta, silente, que mueve a pensar. Podríamos pensar si no hemos sido demasiado austeros a la hora de abrir el grifo que debía manar más fuentes en la ciudad. Sentaos si queréis junto a las focas de la Plaza Marqués de Camps y sentiréis más sensación de sed todavía; quedaos quietos por un momento en la de Lladoners y veréis qué lejos queda el agua; pasad por delante de la de Mn. Cinto y algo os sugerirá, algo, o todo, menos la grandiosidad de La Atlántida. Seguro que todas las pequeñas fuentes de la ciudad os sugerirán algún pensamiento aceptable.

Tal vez si fuera una cosa directamente rentable de cara al turismo internacional, todos nos pondríamos en seguida en movimiento.